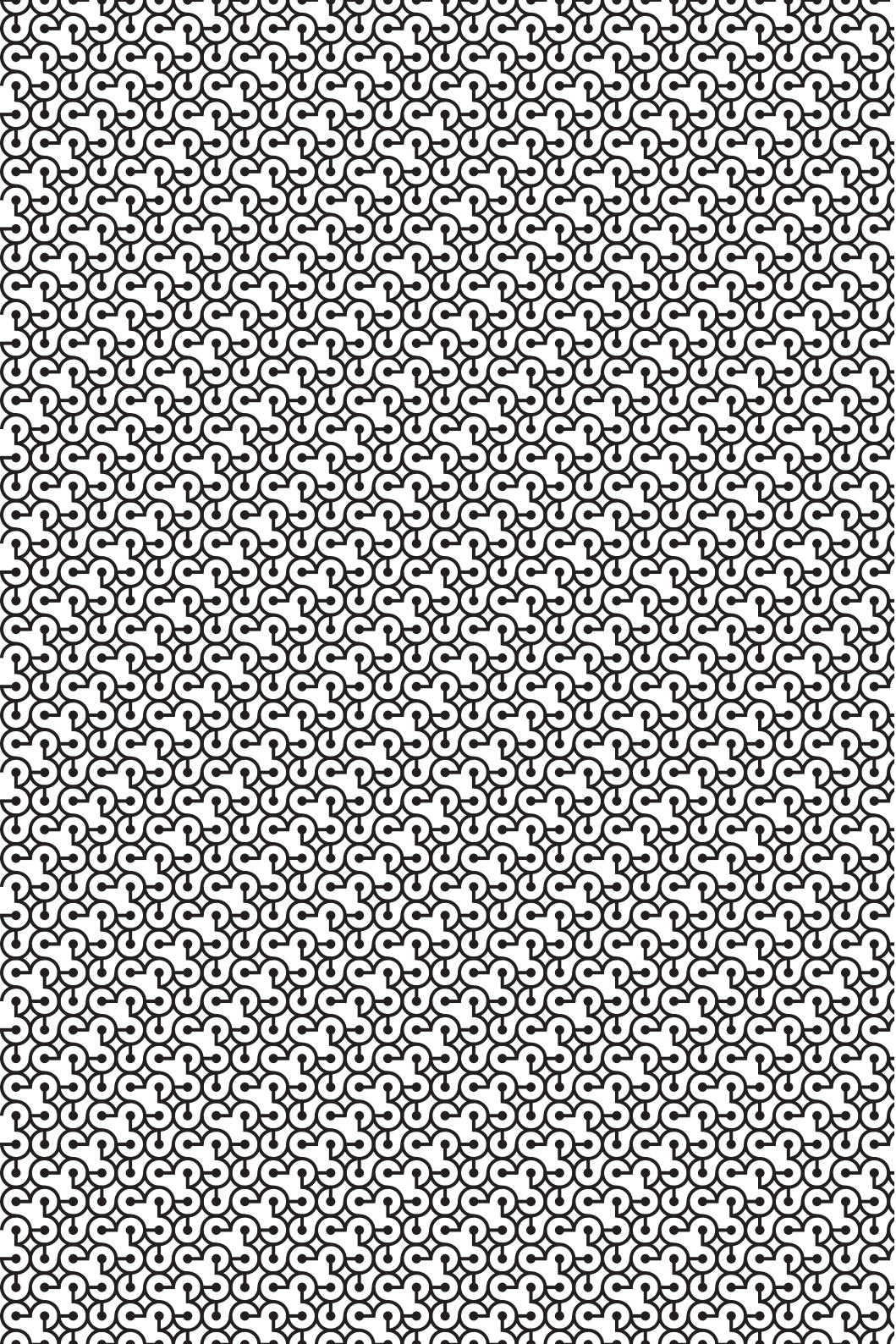
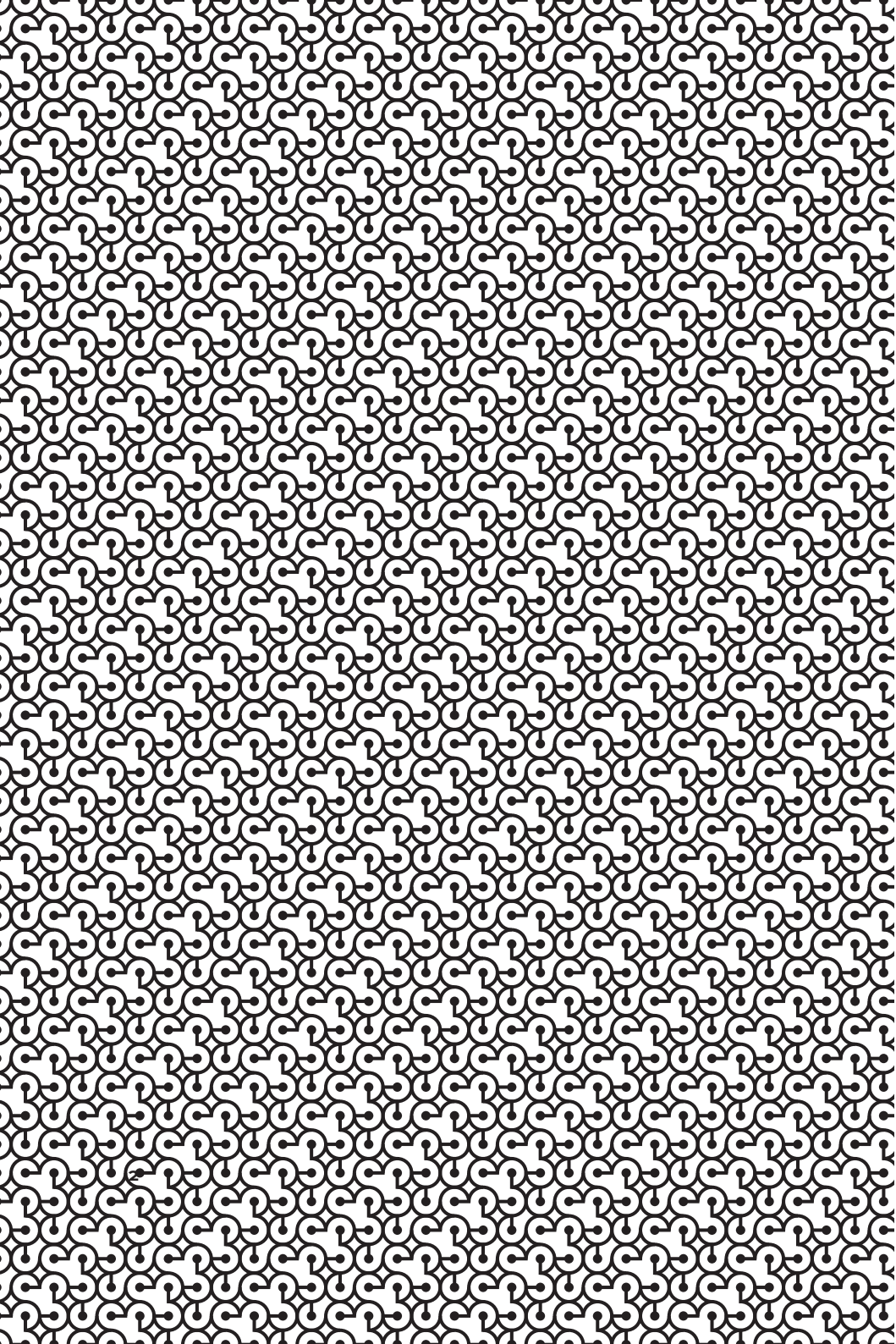






Mi corazón
visto desde el espacio



Alejandro Cuevas

Mi corazón
visto desde el espacio



menos**cuarto**

© Alejandro Cuevas, 2019

© de esta edición, Menoscuarto [E. Cálamo, S. L.], 2019

ISBN: 978-84-15740-60-5

Dep. Legal: P-314/2019

Diseño de colección: Echeve

Ilustración de cubierta: ©Vasily Pindyurin/Westend61/

Age Fotostock

Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)

Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

«Todos buscamos la felicidad, pero sin saber
dónde, como los borrachos buscan su casa,
sabiendo confusamente que tienen una.»

VOLTAIRE

«The world is holocaust. Everything is lost.
Mankind is destroyed. Sprinkled in the void.
La la la la la, la la la la la, la la la la la.»

BLONDIE. *The Attack of the Giant Ants*

ARIA

Te quise, pero ya no te quiero, y entre una cosa y otra es como si hubieran estallado a la vez cien bombas atómicas, dejando una devastación indescriptible. La onda expansiva me llevó de rebote hasta Australia y ahora regreso a mi ciudad porque mi padre, que lleva muriéndose mucho tiempo, no tiene ninguna posibilidad de salir del coma y necesitan mi firma para desenchufar las máquinas que mantienen sus constantes vitales.

Mientras intento dormir un poco, pienso en lo raro que es todo. Viajar en avión, por ejemplo: la comida de juguete que te sirven, la sonrisa ortopédica de las azafatas, el aire reciclado cien veces que, antes de entrar en tu interior, ha pasado por los pulmones y por los intestinos de docenas de pasajeros, los controles de seguridad en los que te tratan como a un terrorista, pero luego te ofrecen perfumes de lujo y licores caros. Creo que en este viaje he visto cachear a un niño de cinco años, pero no podría asegurarlo, porque el cansancio me hace flotar en una atmósfera onírica y yo siempre he tenido problemas para saber dónde termina la imaginación y dónde empieza la auténtica vida. Nadie te pide el pasaporte al cruzar ese límite.

—¿Qué le trae por la Realidad? ¿Negocios o placer?

—te preguntaría el funcionario de la aduana.

Y tú le darías una respuesta tópica, aunque fuera falsa:

—Ambas cosas.

LUNES

Hacía seis años que no pisaba Desgracia. Es un montón de tiempo, lo sé, pero los montones de tiempo se componen de días en apariencia insignificantes e ínfimos, de horas muertas que se van acumulando lentamente, como polvo sobre los muebles.

Ayer, recién llegado, a pesar de la fatiga de varios días de viaje, me fui a dar una vuelta para comprobar si la ciudad había cambiado mucho durante mi ausencia.

Me alojo en casa de mi tía Concha y mi tío Claudio, que viven en el centro, en un edificio antiguo cuya estructura oyes crujir por las noches y te sobresaltan ruidos extraños que se supone que proceden de las tuberías achacosas, aunque yo no encuentro esta explicación demasiado verosímil. El caso es que entre la casa de mis tíos y la plaza Mayor no hay ni cinco minutos caminando.

Siempre me ha llamado la atención esa arquitectura moderna bastante exhibicionista que deja ver la intimidad de los edificios: todas esas oficinas del centro de Desgracia, con sus mesas y sus botecitos llenos de bolígrafos de tintas sofisticadas y sus clips de colores y sus ordenadores de pantallas ultrafinas. Y todo con alarma, ambientadores, humidificadores... Qué tranquilizador tiene que ser salir un domingo por la tarde a pasear y contemplar la trinchera donde te refugias de los zarpazos que te lanzan las leyes de la selva. Y decirle a tu hijo: mira, aquí es donde papá, con ese ordenador y ese teléfono, consigue el dinero para pagar la comida, la casa, la ropa, los medicamentos cuando nos ponemos enfermos, la calefacción para combatir los despiadados inver-

nos de Desgracia. Y para aplacar la voracidad de los bancos, esas hidras de veinte cabezas que, si no son alimentados convenientemente, nos tragarán sin masticarnos.

Salí a la calle y me dejé arrastrar, de escaparate en escaparate, por un río humano. La iluminación navideña ya estaba instalada, los mismos altavoces de siempre difundían villancicos empalagosos y flotaba en el aire un olor a castañas asadas. No percibí, en ese breve itinerario, ninguna transformación profunda, salvo unos cuantos comercios cerrados con carteles de SE ALQUILA o SE VENDE y otros que anuncian liquidaciones por el cese inminente del negocio. Por lo demás, la misma gente, los mismos atuendos, los mismos ceños adustos.

Muy pronto, ya estaba aturdido y un poco agobiado, porque ese es el efecto que me producen las multitudes de seres vivos, ya sean enjambres, cardúmenes o rebaños. Estaba deseando huir y acercarme al Prometeo para tomar una cerveza y conversar con Yónatan, si es que sigue trabajando allí de camarero, para que me ponga al día de las novedades principales. Y entonces, al doblar una esquina, creí verte a lo lejos.

Ibas con un niño de unos cuatro años, aunque yo soy muy malo para calcular edades y a lo mejor el crío tiene solo tres. Mirabas el escaparate de una joyería, y tu hijo, impaciente, te tiraba de la manga para que le montaras en un carricoche accionado por monedas que había junto a un quiosco. Yo caminaba a tu encuentro, perpendicular a tu mirada; estaba a cien, a setenta, a cincuenta metros de ti. Ibas muy maquillada, parecías una señora (dicho esto con ánimo

de ofender) y llevabas un abrigo muy elegante de color verde claro, pero sin llegar al verde pistacho. Quien tiene un abrigo de ese color es porque goza de un amplio vestuario.

Nimbada por la luz del escaparate, como una santa del capitalismo, te vi sonreír, de perfil, a un gesto de tu hijo. Me pareció que te habías blanqueado los dientes, ¿y quizás operado la nariz? Tu niño tenía la misma cara de alelado que su padre, aunque el pobre no tiene la culpa, todavía no.

Quizás intuiste mi presencia o fue solo casualidad, pero te entró una prisa repentina y cogiste a tu hijo en brazos y te dirigiste hacia la marquesina donde paran los autobuses, aunque supongo que tú apenas usarás el transporte público porque no lo necesitas, porque ahora eres una de ellos, una de los innombrables, y seguro que tienes dos o más criadas con acento exótico a las que pagas una miseria para que te limpien la mierda de tu inmenso chalet y abrillanten, pieza a pieza, tu zoológico de figurillas de porcelana y cristal. Luego lo pensaste mejor: qué hago yo en un autobús si ya no sé ni cuánto cuesta el billete. Cruzaste hasta la parada de taxis, cogiste uno y desapareciste, tal vez para siempre.

No quería regresar tan pronto a casa de mis tíos, donde seguramente me tienen reservada una batería de reproches que me irán disparando a quemarropa en las comidas y en las sobremesas. Me lo tengo merecido. De momento, no han abierto fuego contra mí y sus preguntas han sido amables y banales. Me están concediendo un periodo de gracia antes de lanzar su ataque.

¿Eras realmente tú la mujer del abrigo verde? ¿Habrías

sido capaz de verme por la calle y hacerte la desentendida, de ningunearme como si nuestro pasado común fuera solo un episodio vergonzoso?

Mis pasos me han llevado a la puerta del Prometeo, que sí, sigue abierto, aunque lo han reformado y está irreconocible: ahora es un pub de estilo irlandés y ya no se llama El Hígado de Prometeo, sino Temple Bar. Y sí, todavía está allí Yónatan, aunque ha engordado unos diez kilos y se está quedando irremediabilmente calvo. Al verme entrar me ha puesto cara de perro y me ha saludado de manera muy cortante.

—Cuánto tiempo —le he dicho yo.

—Seis años —ha puntualizado él.

—¿Qué tal todo?

—Ya ves.

Tiene derecho a reprocharme que en estos años no le haya mandado ni una triste postal para clavar con chinche-tas en una pared del bar. Se suponía que éramos amigos y los amigos no desaparecen así, sin dejar rastro, sin dar explicaciones.

Yónatan me saca del almacén el manuscrito que tú nunca recogiste y lo deja sonoramente sobre la barra. No recordaba que usé papel de color sepia porque me pareció que aquello le daba un toque más personal.

—¿Lo has leído? —le pregunto.

—¿Acaso leíste tú mi tesis?

Recorro con mi mirada la decoración del bar, donde sería difícil acumular más tópicos y clichés irlandeses por metro cuadrado: tréboles, duendecillos verdes e incluso

una foto de James Joyce. Es como montar un bar español y llenarlo de paellas y carteles de corridas de toros.

—¿Y todo esto? —le pregunto a Yónatan.

—Cosas de mi jefe —responde él.

Ya de regreso en el cuarto de invitados de la casa de mis tíos, bajo la mirada inquietante de la Virgen de las Metáforas, hojeo las páginas de esa especie de novela que te escribí para explicarte cómo es Desgracia y cómo era yo. Cuando te conocí, acababas de llegar a la ciudad, después del divorcio de tus padres.

—Esta ciudad es un poco extraña, ¿no? —me decías a veces.

Y yo, ante la reiteración de ese comentario, empecé a redactar para ti una guía antiturística de la ciudad, un autorretrato borroso, un cuaderno de bitácora en medio del naufragio, una sinuosa declaración de amor... Un amasijo de subgéneros que acabó derivando en carta de despedida.

Mientras las tuberías de la casa de mis tíos gruñen como para advertirme de los peligros de bucear en el pasado, abro por la primera página el manuscrito sepia y leo:

1

Los veinticinco años constituyen el epicentro de la vida, y yo la semana pasada cumplí treinta y dos. Un cumpleaños es siempre un palo del que tardo varios días en recuperarme. Me levanto de la cama filosófico, plumizo (o sea: pelma) y me pongo a pensar en cómo me alejo de mi apogeo biológico y resbalo lentamente hacia el precipicio.

Con ese panorama, hoy me siento incapaz de concentrarme en preparar las clases de latín para esa academia de mala muerte en la que llevo un lustro trabajando «de manera provisional».

La academia la gestiono a medias con otro chico que da clases de Física y Química y de Matemáticas. Se llama Carlos, pero se hace llamar Charly. Nos puso en contacto el dueño del local cuando ambos, por separado, fuimos a ver aquel cuchitril y el alquiler nos pareció demasiado caro para afrontarlo en solitario. Él nos sugirió que uniéramos nuestros recursos económicos y nos rebajó un poco el precio para terminar de convencernos. Intuyo que nosotros fuimos los únicos que se interesaron por su local y que, si hubiéramos regateado, habríamos conseguido una rebaja considerable. En cualquier caso, mordimos el anzuelo y ahí estamos. Tenemos como vecina a una tarotista cubana que tiene el título de ingeniera industrial, pero aquí no se lo convalidan y se gana la vida cartografiando, con trazos ambiguos, el porvenir de la gente. «Tendrás más posibilidades en lo inesperado», les suelta, y sus clientes se quedan carcomidos por la intriga, devanándose los sesos durante días.

Intento contactar con mi socio, pero no me coge el teléfono móvil y el de su casa no lo tengo. Habrá trasnochado y ahora estará durmiendo la mona. A veces va de empalmada, y hasta yo, que no me fijo mucho en esas cosas, noto sus ojeras, su aliento inflamable y sus ojos enrojecidos.

Es absurdo inventarme un dolor de estómago, porque cuando me salto alguna clase, aunque el motivo esté justificadoísimo, me toca recuperarla otro día. Es uno de los mu-

chos inconvenientes de carecer de contrato e ir por libre: que no te sustituye nadie. Y lo último que necesito es una ración doble de adolescentes apáticos reventándose espiñillas con las uñas y traduciendo, a martillazos sintácticos, pasajes de *La guerra de Yugurta*.

Me tumbo en ese sofá que dejaron tras su marcha los anteriores inquilinos y que huele un poco a naftalina y un poco a meados de gato, aunque, por lo que sé, mis predecesores no tenían mascota. Seguro que lo rescataron de un contenedor de la calle.

Me da por pensar que, a mis años, todavía no he conseguido ni la estabilidad laboral ni el equilibrio sentimental ni ninguna de esas obsesiones que distinguen a los hombres cabales de los inadaptados y que sirven de puntales para que la existencia no se te desmorone encima. Respiro hondo. Respiro aún más hondo. Me ahogo.

Esta tarde iré a la academia e improvisaré algo; pero antes decido dedicarme a seguir colocando trastos. Hace cinco meses que realicé la mudanza y aún tengo cosas sin desembalar. Si mi padre se enterara, se enfadaría mucho y se le hincharía esa vena tan rara que le atraviesa la frente y que riega las regiones más tenebrosas de su cerebro, esas cuya actividad se dispara cada vez que ve un telediario y acaba lanzando insultos a la pantalla.

Las cajas que he ido postergando (quince en total) son, lógicamente, las más peligrosas: contienen recuerdos en forma de centenares de papelajos de las más diversas procedencias, desde entradas de cine hasta billetes de autobús con comentarios garabateados al dorso, que he ido acumu-

lando durante años y años. Yónatan, el camarero del Prometeo, ha acuñado un término para describir ese estado de ánimo en el que recordar nos duele pero a la vez nos atrae con un irresistible magnetismo morboso. Lo llama «pasadomasoquismo».

Me encantaría que Bárbara viniera alguna tarde a echarme una mano; ella podría birlar del hospital unos guantes de látex y un par de mascarillas para no inhalar tanta porquería. Con su imparcialidad aséptica, con su punto de vista no condicionado, Bárbara podría ayudarme a decidir lo que hay que tirar a la basura y lo que hay que conservar. A mí, catalogar a solas semejante maremagno me resulta una tarea penosa porque a cada rato me detengo a ojear una agenda de hace una década (¿quién demonios sería esta Marga Cienfuegos cuyo teléfono aparece anotado con tinta verde?) o una libreta llena de reflexiones apasionadas (la adolescencia hace posibles estas paradojas). No es que no me identifique con todas las tonterías que escribí ahí, es que ni siquiera reconozco mi caligrafía. He calculado que, a lo largo de su vida, una sola persona puede ser treinta o treinta y cinco individuos diferentes. Todas esas transformaciones deberían verse reflejadas en nuestro carnet de identidad, quizás remedando la nomenclatura informática: José 3.0, José 4.0, José *Premium Edition*...

Ayer mismo, a las tres de la madrugada, me quedé obnubilado con una fotografía fechada hace once años. Está sacada en el portal de la antigua casa de Bruno por un vecino que entraba en ese momento y que siguió las indicaciones que le dimos: el fotógrafo abajo, junto al ascensor, y

los de la tribu en el segundo piso, asomados al hueco de la escalera. Es un contrapicado bastante llamativo. Aparte del propio Bruno, aparecemos Teresa, el prófugo Tomás y yo. Se suponía que esa imagen, que es un plagio descarado de una de las fotos promocionales de los Beatles, iba a tener su complemento varios años después, para ver hasta qué punto nosotros, sus protagonistas, hemos ido cambiando.

Es poco probable que algún día se saque esa segunda foto comparativa, pero en cualquier caso en ella ya no estaría Tomás: conseguir el número cinco en una oposición en la que había veinte plazas y cortar los vínculos con la tribu fue todo uno. Dejó de llamar, empezó a poner pretextos patéticos para eludir las reuniones y formó un nuevo círculo de amigos insulsos, funcionarios como él, que frecuentan los abrevaderos estrepitosos a los que nosotros nunca vamos porque allí no se puede dialogar. Y, además, son caros.

El prófugo Tomás se ha casado y, por referencias indirectas, sabemos que ya ha tenido dos niños o tres (tres niños como tres soles o como tres tristes tigres) y ahora es un orgulloso habitante de una de esas desangeladas urbanizaciones del alfoz. Se traslada a todas partes en un todoterreno que ruge en los semáforos como si fuera a devorar al coche que tiene delante, que probablemente sea otro todoterreno porque se han puesto de moda en la ciudad y la gente los usa incluso para ir a comprar el pan los domingos a cinco manzanas de distancia.

Tomás ha conseguido ya la estabilidad laboral, el equilibrio sentimental y quién sabe si incluso un plan de pen-

siones de los que te regalan albornoces o cuberterías. Él piensa que logró subirse al último transatlántico y que los de la tribu nos hemos quedado flotando a la deriva, en una balsa neumática que pierde aire, rodeados de tiburones. Quizás esté en lo cierto. La última vez que lo vimos, la última vez que quedó con nosotros como quedan los amigos, fue cuando nos invitó para celebrar lo suyo. Nos trajo su primera nómina. No lo hizo con recochineo para restregarnos su éxito y, de rebote, nuestro fracaso, sino porque se lo pedimos: un documento de ese tipo constituía para nosotros toda una novedad. Desplegamos el papel DIN A4 sobre una de las mesas del Prometeo y lo contemplamos boquiabiertos. Se nos escapó un «oh» admirativo y un poco infantil, como de crío ante el escaparate de una juguetería. A mí siempre me han pagado en un sobre, en el mejor de los casos, porque a veces me dan billetes arrugados llenos de manchas cuyo origen es mejor no indagar (me refiero a las manchas). No sé lo que es una paga extra de verano o Navidad o un Día de Libre Disposición, y no tengo tarjeta de débito (y mucho menos de crédito). Si tengo cuenta bancaria, es solo para poder pagar los recibos del teléfono móvil.

Examinamos con fruición todos sus epígrafes, sus cotizaciones y sus retenciones y sus complementos, que son conceptos salariales que a mí me resultan peregrinos. Tomás nos dice que, en el organismo en el que va a trabajar, incluso existe un complemento de peligrosidad, porque nunca sabes cuándo una grapadora se puede soliviantar y escupirte a la cara y saltarte un ojo.